

Deseo y formación en la creación social

Desire and training in social development

El presente trabajo es producto de la discusión sostenida con un grupo de académicos de distintas universidades que se han dado a la tarea de pensar y discutir sobre los aportes de Cornelius Castoriadis en la elucidación de distintos ámbitos disciplinarios. El presente ensayo propone reconocer la importancia de los conceptos que retomamos o las teorías a las que nos afiliamos y reflexionar sobre los impactos que tienen esas diferencias en las nociones de mundo y sujeto que apuntalamos, en las prácticas que avalamos.

Aquí se sostiene la noción de sujeto como acción social, capaz de instituir y transformar el mundo, hechos que no están exentos de historia, conciencia y voluntad. Por lo que partimos de comprender su dinámica psíquica.

This work is product of the discussion with a group of academics interested in the Cornelius Castoriadis' contributions and at the elucidation of different social problems. This essay proposes to recognize the importance the concepts adopted in order to understand the world and the implications that they have in the way to thinking the human action in his social context.

The notion of subject as social action, capable of instituting and transforming the world is sustained in here; facts not exempt of history, conscience and will.

PALABRAS CLAVE: deseo, formación, identidad, significación, acción social.

KEYWORDS: wish, formation, identity, signification, social action.

* Docente investigadora del Departamento de Educación y Comunicación de la UAM Xochimilco, Doctora en Ciencias Sociales, Responsable del programa Tiempo y Formación, Trayectorias de la Condición Humana, integrante del Seminario Interinstitucional Cultura Educación e Imaginario Social. CE: bgrajeda@correo.xoc.uam.mx

Deseo y formación en la creación social

■ BEATRIZ RAMÍREZ GRAJEDA

La psique es un elemento *formativo* que sólo existe en y por lo que forma y cómo lo forma; es *Bildung* y *Einbildung* —formación e imaginación—, es imaginación radical que hace surgir ya una <<primera>> representación a partir de una nada de representación es decir, a partir de nada.

CORNELIUS CASTORIADIS (2007: 444)

Propósito

Desde Freud, nos hemos acostumbrado a pensar que lo que conduce nuestras acciones no es nuestra voluntad sino que subyacen a ellas pensamientos inconscientes que orientan nuestras elecciones, nuestros modos de vínculo, nuestras relaciones con los objetos y las cosas del mundo. De tal modo, y en un intento de incorporar la teoría psicoanalítica a procesos de investigación y educación, son frecuentes las preguntas sobre lo que permite que unos sujetos se comporten de tal o cual forma, elijan tal o cual actividad, establezcan vínculos conflictivos o no y sostengan un modo de ser y no otro. Así, se dejan frecuentemente a un lado las condiciones de posibilidad donde el sujeto se hace un lugar o se construye un mundo.

A diferencia de esta perspectiva, y a pesar de la importancia que se le ha otorgado a las investigaciones transdisciplinarias, en ciencias sociales se insiste en poner de relieve la determinación social que hace de los sujetos soportes u operadores reactivos de las condiciones sociales. En este espacio, y reconociendo los aportes de Cornelius Castoriadis en nuestra elaboración de nociones para comprender la formación, nos proponemos sostener que existe un “diálogo” imbricado y permanente entre vida psíquica y creaciones sociales, lo que genera las condiciones de posibilidad para la acción humana. Partiremos así de reconocer la dimensión psíquica y la dimensión sociohistórica para luego dilucidar cómo se expresa en la creación imaginaria que sostiene a la sociedad.

Sobre el deseo

El deseo se expresa, ciertamente, en nuestro actuar, pero no es algo que está tras bambalinas esperando su momento de aparecer, como tampoco es una necesidad que se traduce en la realidad, dista de ser la esencia de un sujeto, la sustancia o el motivo particular que hace que un sujeto se interese por algo e igualmente habrá que distanciarse de la postura lacaniana que atribuye a la falta su origen.

El deseo es correlativo al origen de la representación y no se reduce a la pesquisa de un objeto que lo colme, sino a su propia constitución; es decir, ser constituido y constituyente al mismo tiempo. Ello implica reconocer no sólo la capacidad de la psique de verse afectada por las impresiones que recibe, sino ser ella misma emergencia de representación que posibilita organizar *en* experiencia.

Para Castoriadis (2007: 444), la psique es formación e imaginación en un mismo movimiento y su desarrollo será precipitado *en* y *por* la historia de un sujeto. Así, en la denominada mónada psíquica lo que impera es una organización alucinatoria donde coexisten en feliz encuentro vínculos, imágenes, escenas, afectos; todo constituye una representación de sí, no hay diferenciación entre objeto y sujeto sino totalidad, no hay interioridad y exterioridad o entre contexto y sí mismo, es energía primaria absoluta (autística). Todo está organizado de modo tal que hay unificación: se es fin y fundamento que no necesita nada ni le falta nada, pues es fuente ilimitada de placer, está plenamente realizada (Castoriadis 2007: 460) y será el prototipo de toda representación, de toda figuración y de todo engendro de sentido.

Desde esta perspectiva es necesario reconocer que la psique autoengendra representación.

Lo que en el campo del inconsciente, dispone todas las representaciones que allí emergen según el sentido de sus propias líneas es el deseo, señor de todos los deseos, de unificación total de abolición de la diferencia y de la distancia, que se manifiesta ante todo como ignorancia de la diferencia y de la distancia. Si el inconsciente ignora el tiempo y la contradicción, ello se debe a que, agazapado en lo más oscuro de esa caverna, el monstruo de la locura unificante reina allí como dueño y señor” (Castoriadis, 2007: 467).

Desde esta perspectiva, la dinámica de la psique realiza ineludiblemente el deseo porque en el inconsciente, donde impera el principio de placer, siempre se organiza una escena, que lo expresa, lo hace presente, lo configura y le hace lugar en el mundo social. Si el deseo se tornara irrealizable sólo sería por cuanto no existe una representación para configurar una escena donde se aglutinan vínculos, afectos, imágenes y donde el sujeto mismo se encuentra atrapado, indiferenciado en esa escena. Así, será prototipo de las subsiguientes representaciones y, sostenemos, figuraciones, interpretaciones y construcciones que si bien condicionadas por las imposiciones del mundo, en sus modos de hacer y de ser, derivarán en complementos de deseo, constituirán objetos que serán muestra de satisfacción, producirán prácticas que simulen la posibilidad de ese primer estado (alucinatorio) imposible de volver y sin embargo insistente en toda producción imaginaria.

De este modo, es necesario entender al deseo como la fuerza afectiva que engendra sentido (representaciones) y obliga a desdoblarse a la pulsión en infinitésimas operaciones: representaciones, imágenes, palabras (intenciones y afectos). Es el motor gracias al cual se construyen sentidos, certezas y figuras sobre el mundo.

Así, “La psique inconsciente [...] es] el proceso representativo en donde la emergencia y la puesta en relación de las representaciones está `regulada/guiada por el principio del placer” (Castoriadis, 2007: 458); y gracias a su socialización éstas no suceden al margen de las condiciones de posibilidad (que son construcciones), los testimonios de los modos de relación y los vínculos de quienes anteceden nuestra vida; formas de hacer que condicionan nuestros modos de ser en el mundo.

El deseo es inherente a la palabra, no queda fuera de las acciones ni oculto en el tejido de las mismas, se realiza y se expresa de manera conveniente, es constitutivo de la representación, de la interpretación que generamos en el mundo, de los vínculos que establecemos con las cosas y los otros, del sentido que construimos para entender lo que hacemos.

Significación y deseo

Acordamos con Castoriadis que la significación es un haz de remisiones a partir y alrededor de un término; una palabra remite a sus significados canónicos pero inevitablemente crea sentidos diversos y se transforma sincrónicamente al tiempo que se enuncia. Por ello no puede haber un corpus finito a la manera de un diccionario pues ello implicaría una lengua muerta, la clausura de las palabras.

La lengua viva es posibilidad permanente de hacer emerger significados lingüísticos distintos de los que existen o se conocen. Por ello es un haz de remisiones siempre abierto. Si bien la palabra remite a sus referentes, éstos no son singularidades absolutas o separadas sino que son definidas, instituidas e instituyentes al mismo tiempo que son enunciadas. De esta forma no existen significados universales, sostener esto no tiene sentido, implicaría homogeneidad, cierre, unicidad, ahistoricidad, muerte. Un nombre encarna un océano interminable de lo que es, cubre automáticamente la infinitud de momentos y aspectos de lo que designa y refiere toda la totalidad de manifestaciones (reales o posibles). Un nombre en la existencia de un individuo se inmiscuye en todo lo que es.

La significación no es una esencia ni tiene un referente verdaderamente diferenciable de la significación misma. Pensarlo así, implicaría reconocer un determinismo en el lenguaje o una negociación; pura relación de relaciones.

En el lenguaje la significación es indefinidamente determinable; remite a las representaciones de los individuos, efectivos o virtuales, que provoca, induce, permite o moldea. Esta relación permea, indeterminada e indefinidamente los mundos de las *representaciones* de los individuos: su existencia, su funcionamiento y su alteración. Así, en el intento de “apresar” lo que se da, es decir, de conocerlo, se va construyendo otra cosa simultáneamente.

Toda expresión se amplifica por medio de adiciones o sustituciones e inventa nuevos usos de las palabras (metáfora, metonimia, sinécdoque). Para Castoriadis, la singularidad absoluta no existe si no es un cúmulo de abstracciones. Lo que sucede es que la dimensión identitario-conjuntista está siempre presente en el lenguaje, dado que transporta una intención de significados simples y complejos, indescomponibles y componibles a la vez. No obstante, esto no avala un saber absoluto, una explicación o un saber, sino una forma de ser del lenguaje que tiende a otorgar sentido, explicación, razón de lo que es, pero que falla al pretender descomponer lo que es en identidades o conjuntos de identidades claramente separables, generalmente reduciendo la existencia de lo que es a una cualidad y comprendiendo así su existencia.

Hay una doble dimensión en el habla: lo que se dice porta lo que es, pero no sólo eso sino que el habla se remite indefinidamente, con intención o sin ella, a una serie de significaciones que necesariamente modifican lo que es. Hay una intención de nombrar lo que se habla pero uno se ve lanzado a otra cosa que no esperaba.¹ Así, una lengua ofrece a los parlantes la posibilidad de *orientarse* en y por lo que dicen para moverse, apoyarse en lo mismo para crear lo otro, utilizar el código de las designaciones para hacer aparecer otras significaciones u otros aspectos de las significaciones aparentemente ya dadas.²

No es posible elegir un lenguaje en absoluta libertad, el lenguaje desborda lo que hay que decir pero eso es diferente de creer que estamos fatalmente dominados por el lenguaje y que no decimos más que lo que permite decir. Castoriadis afirma: “Jamás podemos salir del lenguaje, pero nuestra movilidad en el lenguaje no tiene límites y nos permite ponerlo todo en cuestión, incluso el lenguaje y nuestra relación con él” (2007: 202).

En Castoriadis encontramos eco a nuestras intuiciones, pues el deseo no es esencia sino motor de creación infinita y la identidad no es algo fijo y acabado sino tiempo que sucumbe e inaugura formas; figuras temporales que nos empeñamos en creer que existen y convocamos a otros a crearlas igualmente, de ahí que la institución sea creación imaginaria y sea siendo en permanente formación.

Acerca de la formación

Siguiendo a Castoriadis, cuando pensamos en la formación, no nos preguntamos cómo se constituyen los sujetos, sino cómo se elabora la cultura, esto alude a un proceso continuo, abierto, permanente, no cerrado en sí mismo, ni abrigado en una lógica identitaria. Cómo se elabora, no es cómo se conforma, sino cómo se da siendo; en este darse siendo no hay identidad petrificada sino intención infinita que en aras de certeza las palabras se proponen atrapar, nombrar, colocar en un lugar; la alienación a ellas, salva del abismo, de la locura de no saber quién se es, pues permite creer y crear lo que se es al mismo tiempo.

La formación de los sujetos ocurre como movimiento permanente entre convocatorias, encargos y figuras construidas en lo histórico social. Por ello resulta indispensable dejarla de concebir como adquisición de conocimientos, transmisión de saberes técnicos o forjamiento de competencias, tal como algunas tendencias pedagógicas se empeñan en considerarla. Resulta imprescindible concebirla como un proceso imaginario, de apropiación, distancia y creación que hace configurar certezas sobre el mundo. Un proceso interpretativo en acto en el que se construyen posiciones subjetivas, sentidos de la acción colectiva y singular. Un complejo proceso de esfuerzo de sentido donde

¹ Desde la perspectiva de Castoriadis, explorar la significación de un término o frase no es sólo considerar el contexto sino considerar a éste en términos lingüísticos, no de manera unívoca sino en comparación con una familia de afinidades que cubre una inmensa parte del lenguaje considerado. En términos estrictos, el contexto lingüístico de una frase es la totalidad del lenguaje en el cual es pronunciada, así como su contexto no lingüístico, el universo entero. No se trata de la aplicación de un término a otras significaciones pues esto presupondría que existe un conjunto de significaciones cuyo valor está determinado, es único y siempre el mismo. Lo cual corresponde a postulados teóricos parciales de la lógica identitaria que destinaría nuestra habla a repeticiones sin variación o a pensar que lo que hay en el lenguaje está depositado como código de designaciones unívocas. De ello también se deriva que habría muchos lenguajes y que en cada uno se puede hablar de otros y describirlos satisfactoriamente.

² ¡Esta cualidad sincrónica de la lengua le confiere o le supone una fuerza poética! Esta fuerza sería lo imaginario.

se sintetizan espacios y tiempos que ponen en juego la acción creativa del sujeto. Esto es un esfuerzo de construcción de sentido que lo hará presentarse como una identidad ante el mundo.

Desde esta perspectiva reconocemos que el sujeto es creación permanente en un continuo juego con su mundo, al que constituye y figura; en un incesante proceso que encuentra expresión en actos y que son el móvil de figurar una determinada identidad. Síntesis imaginarias que construyen sentido a las prácticas y, gracias al lenguaje, es posible su significación individual y colectiva.

Del mismo modo que en la psique la escena es una totalidad y su capacidad organizadora *en* experiencia es imaginación radical, la imposición de los modos de hacer y de ser en el mundo condicionan otros modos de organización, ello constituirá lo imaginario efectivo de las sociedades. Pero lo que se da en el mundo tiene un modo de ser magmático y el trabajo de la psique obliga a un sentido conjuntista identitario que cierre, clausure, unifique, es decir: que otorgue identidad. Para Castoriadis “un magma es aquello de lo cual se puede extraer (o, en el cual se puede construir) organizaciones conjuntistas en cantidad indefinida, pero que jamás puede ser reconstituido (idealmente) por composición conjuntista (finita ni infinita) de esas organizaciones” (2007: 534). En ese sentido, lo que trata de conocerse no es una réplica sino una *interpretación transformante* de lo que se pretende conocer.

Desde la lógica identitaria conocer lo que se da requiere de clasificaciones, fragmentaciones, separaciones, diferenciaciones que constituyen objetos o conjuntos y clases de ellos, pero desde la perspectiva de Castoriadis el quehacer cognoscente se da según el modo de ser de un magma. Todo lo que puede darse efectivamente: la naturaleza, la representación, la significación son producto de un modo de ser (*legein*) y un modo de operar (*teukhein*) que organizan un primer estrato de lo dado y a su vez son institución de un magma de significaciones imaginarias sociales. Es decir, no es posible pensar en el *legein* y en el *teukhein* como conjuntos claramente diferenciados, se dan en la sociedad gracias al dominio del lenguaje que crea significaciones imaginarias sociales y se instituyen en un incesante juego que posibilita la creación social, de tal modo lo dado se da siendo, no se refiere a un hecho externo que le es presentado al sujeto por una entidad externa como algo acabado para ser interpretado. Lo dado es expresión de su propia creación a la cual se anticipa, proyecta y se acerca en un movimiento alienado de creación permanente, de ahí que las sociedades se constituyen a sí mismas.

Para Castoriadis, la alienación no es inherente a una fase de la historia o a una particularidad del sujeto excluido ni se debe a la existencia de una institución como instancia de regulación. La alienación es un modo de relación con la institución de la sociedad y por lo tanto con la historia. No se encuentra encarnada en una estructura de clase, ni se refiere a la dominación que ejerce una minoría a la que hay que superar; rebasa estos rasgos, afirma, porque las minorías dominantes están igualmente alienadas. La alienación se presenta primero como alienación de la sociedad a sus instituciones, como autonomización de las instituciones con respecto a la sociedad (Castoriadis, 2007: 183 y 211). Esto es particularmente importante porque para él la cultura no tiene que ver con ser el producto de una relación dialéctica entre dos entidades claramente definidas a saber: el individuo y la sociedad, no son producto de una relación como tampoco están multideterminadas. En la socialización tiene lugar una cierta libertad en el sentido de indeterminación. Las sociedades inventan sus necesidades y sus modos de satisfacerlas y para ello se da un criterio de realidad sobre ellas: “[...] la sociedad inventa y define para sí tanto nuevos modos de responder a sus necesidades como nuevas necesidades” (Castoriadis, 2007: 186); ella se expresa y se encarna en la materialidad de la vida social que no reconoce a la alienación como su producto. Así, por ejemplo, las conciencias mistificadas de los capitalistas son

la condición para el funcionamiento adecuado del sistema y las leyes no pueden realizarse sin las ilusiones de los individuos que se convierten en condiciones de su funcionalidad.

La función de lo imaginario está en la raíz tanto de la alienación como de la creación histórica, pues ambas suponen la capacidad de darse lo que no es —lo que no está dado en la percepción, en los encadenamientos simbólicos del pensamiento racional constituido— (Castoriadis, 2007: 214). No puede distinguirse lo imaginario de la creación con lo puro y simple porque esto supondría una anticipación a una realidad no dada y, por consiguiente, una verificación. De ahí que el trabajo de investigación sea siempre una propuesta de lectura, antes que una comprobación, un develamiento o una emergencia de la verdad. La capacidad de darse no es un descubrimiento es creación, una constitución de algo nuevo. El arte no se descubre, afirma Castoriadis, se constituye activamente, por ello los hombres son individual y colectivamente querer, necesidad y hacer que se dan al mismo tiempo y los definen activamente:

El hombre no puede existir sino definiéndose cada vez como un conjunto de necesidades y objetos correspondientes, pero supera siempre estas definiciones —y, si las supera (no solamente en un virtual permanente, sino en la efectividad, del movimiento histórico), es porque salen de él mismo, porque él las inventa (no en lo arbitrario ciertamente, siempre está la naturaleza, el mínimo de coherencia que exige la racionalidad, y la historia precedente), porque por lo tanto, él las hace haciendo y haciéndose, y porque ninguna definición racional, natural o histórica permite fijarlas de una vez por todas. <<El hombre es lo que no es lo que es, y que es lo que no es>>, decía Hegel (Castoriadis, 2007: 218)

Convocar, encargar, figurar: juego de voces y deseo

Ahora bien, sostenemos que la formación se da siendo, es un proceso que hace presente convocatorias, encargos y figuraciones. Juego de voces y deseo que condicionan la creación social, la emergencia de actos y modos de ser, así como la creación de lugares para estar en el mundo.

Como afirma Ramírez (2011), convocar, encargar, figurar son acciones del lenguaje que posibilitan la creación social tanto en su dimensión alienada como en su dimensión creativa. Son modos de existir del lenguaje en lo social y no actúan de modo externo a los sujetos. Castoriadis afirma que la sociedad se instituye imaginariamente, en pactos sociales que ponen de relieve dos dimensiones: una funcional y otra propiamente imaginaria; y nosotros pensamos que esto es posible gracias a que el lenguaje logra convocar sujetos, realizar encargos, posibilitar figuras. El lenguaje es acción en, por y para los sujetos.

Convocar constituye un acto de interpelación que se erige gracias a la intersección de voces, tiempos, espacios, silencios, condiciones que hacen posible lugares a ocupar, donde los sujetos abrigan la ilusión de ser contenidos, reconocidos, nombrados por lo que creen ser o por aquello que quisieran ser³ y pagan una cuota para ello: ceden su deseo, aplazan su placer alienándose a la institución, aceptando socarronamente sus condiciones, sus formas organizativas, sus regulaciones a cambio de una mueca que les devuelva un sentimiento de pertenencia, los reconozca como una cierta identidad (“íntegra”, “completa”). Complicidad que hace funcional a la institución y que le permite autonomizarse; el sujeto queda así atrapado en la red simbólica, exigido de sofocar cual-

3 Tendencia conjuntista-identitaria que permite otorgar sentido, salvar de la angustia del caos y el sinsentido.

quier diferencia, testimonio del deseo que, a pesar de todo, no se socava, insiste; existe de modo disiente agujerando el tejido uniforme, homogéneo de la institución, responsable del movimiento instituyente que no se advierte pero rompe la clausura, se instaure posible. El conflicto del yo, siguiendo a Freud (1976a [1930]), se traba porque éste queda en un embate de exigencias entre tres instancias: la realidad, el ello y el superyó y encuentra negociación en el movimiento instituyente donde baja la guardia al ser reconocido, llamado a ocupar un lugar, detentar un saber, esgrimir una ideología, gobernar sobre los otros. En estas acciones, aparentemente distantes de la represión primordial, brotan retoños de lo inconsciente y el deseo encuentran lugar para realizarse en el mundo.

El deseo toma lugar en la interpelación, es activo; gracias a él el sujeto se da en el mundo cosas para sí (Castoriadis, 2005), de modo que lee e interpreta, construyendo sentidos que engarza a la elección de objetos, ocupa lugares sosteniendo modos de ser y de hacer, instituye contextos posibilitando modos de hablar e ideales que lo cautivan; es presa de su ilusión de identidad con la que acierta a estar en el mundo acuñando encargos que convocan a una negociación temporal. Es decir, establece pactos sociales, convenciones históricas que requieren de nuestra funcionalidad en el mundo para subsistir, nos aferramos a ellas dándonos un lugar, cumpliendo una función lo que hace efectiva la institución imaginaria de la sociedad. Estos encargos se cumplen efectivamente en las prácticas que convocan, legitiman y naturalizan modos de ser, prácticas, formas de vínculo y elección de lugares, entre otras cosas.

Los encargos sociales nos reconocen un lugar y nos delegan funciones que jugar en el mundo. Desde esa funcionalidad se ejercen acciones que reclaman el mismo reconocimiento que el sujeto cree tener en el intersticio de la institución social, *confusión* que demanda efectividad en la acción pues se encarga, se mandata, se designa, se cree ser parte efectiva (alienadamente), al perpetuar su regulación, su control, su coacción en el establecimiento de estrategias políticas donde se regula la acción social y se reclama reconocimiento al abrigo de la institución, apuntalando así el desconocimiento de las diferencias y las singularidades bajo el auspicio de la ley.

Ahora bien, estamos listos para afirmar que los sujetos figuran el mundo, no están determinados por él, ni son su consecuencia directa, son efecto y afecto de la palabra, testimonio de formación donde hay un juego permanente de fusiones, confusiones e ilusiones de identidad. De ahí que la identidad se forme como una síntesis imaginaria donde se hacen efectivas convocatorias y encargos que son condiciones de sentido para el sujeto.

Encontramos en Castoriadis (1989), Lyotard (1979) y Freud (1976b, c, d [1915]) elementos para esta concepción, reconozcamos aquí sus aportaciones. Castoriadis afirma que “La organización de este mundo se apoya en ciertos aspectos del primer estrato natural, allí encuentra puntos de apoyo, incitaciones, inducciones. Pero no es sólo constante repetición o reproducción” (1989: 305), constituyen condiciones para hacer posibles movimientos, transformaciones, certidumbres. Esta organización, afirma, es una “toma” parcial y selectiva: “Lo que se “toma” sólo se toma en función y a partir de la organización del mundo que la sociedad ha planteado; sólo lo es en tanto *formado* y *transformado* en y por la institución social; y, por último, y sobre todo, esta formación-transformación es *efectiva*, figurada o presentificada en y por modificaciones del “mundo sensible”: de tal suerte que, finalmente, aquello sobre lo cual se da el apoyo resulta *alterado* por la sociedad por el hecho mismo del apoyo, lo cual no tiene ningún equivalente en el mundo psíquico. Pues la institución del mundo de las significaciones como mundo histórico-social es *ipso facto* “inscripción” y “encarnación” en el “mundo sensible” a partir del cual éste es históricamente transformado en su ser-así” (1989: 305).

Comprendemos así que la sociedad es autoalteración permanente; debido a esta potencia creadora de sentido y a pesar de que lo natural se resiste, se modifica, es maleable, transformable, lo que da paso a la condición social de la realidad que —si bien construida en las regularidades del sujeto que se forma en el mundo— construye “intersticios libres” donde puede ser reconocido y forma el mundo. Así, continúa el autor: “La “realidad” natural es indeterminada en un grado esencial para el hacer social; en ella es posible mover y moverse, transportar y desplazarse, separar, reunir. Incluso en la escala macroscópica, existe la indeterminación misma (hay movimiento, poder-ser de otra manera, “materia” o “potencia” (Castoriadis, 1989: 305-306).

De tal modo la sociedad se autoaltera: los hechos sociales encarnan, figuran y presentifican significaciones sociales inmediata o mediatamente, directa o indirectamente. Las significaciones imaginarias sociales están encarnadas en individuos y objetos que los presentan y les dan figura, en ellos radica su efectividad, no son significaciones en general y mucho menos pueden ser ficciones o abstracciones. Se encarnan y se hacen efectivas porque los hombres las creen y luego las desconocen como creaciones propias, las imputan a terceros, a dioses, a ideales sociales, a figuras de autoridad, etcétera. La alienación es propia de la condición humana pues salva del abismo de la soledad, los hombres necesitan creer en algo, dar sentido a su existencia, crean objetos, ideales, modelos, utopías para no quedar desamparados. Convocan a quienes pueden reconocerlos alienadamente, encargan lugares, acuñan funciones para sostener la sociedad, construyen sentidos para sí; desean un lugar en el mundo y se forman en la certeza de que los otros afirmarán su existencia, fútil desencuentro que obliga a las prácticas de acuerdo y convención colectiva, de ahí que lo imaginario social se exprese en la producción de certezas, ideas, prácticas que construye un colectivo para sí.

Las significaciones imaginarias sociales no pueden aparecer como algo exterior o algo agregado a las personas y a las cosas y tampoco pueden ser modificadas sin afectar a las personas y a las cosas mismas. En términos de Gadamer (2001), el sujeto que conoce, es parte del mismo horizonte que conoce.

Así por ejemplo, procurar otro sistema social obliga a subvertir la tecnología, el capital, las relaciones obrero-patronales, los vínculos en otra cosa. No ponerlas a favor de otros (como sucedió en el denominado socialismo real, un simple cambio de actores) sino crear, alterar la organización radicalmente desde las significaciones imaginarias sociales. Esto no se fabrica de un tajo, las significaciones imaginarias se instituirían de manera distinta de cómo lo hace la sociedad capitalista. En general, se sucederían de manera subrepticia y se autoalterarían en el mismo modo que se naturalizan o legitiman: las formas forman, el sistema social crea su mundo de significaciones sociales que lo sostienen a su vez que le es indisoluble la alteración de los individuos, las cosas, las relaciones sociales, las instituciones o sea la creación de un hombre, unas técnicas, unas relaciones que son imposibles separadas. En síntesis, la institución de la sociedad, a través de su magma, instituye un mundo de significaciones y a su vez queda instituida por ese mundo pues sólo existe en correlación con él, de tal modo queda atrapada en su propia creación.

No obstante la ruptura radical, la alteración que representa la emergencia de lo histórico social en la naturaleza pre-social es la posición de la significación y de un mundo de significaciones. La sociedad desde ahí planteará su exigencia de significación universal que le dará identidad y unidad. Incluso lo que es diferente de ella, participa en su definición.

Ahora bien, la figura en Freud es imagen del pensamiento del sueño y en ese sentido es lo que permite la actualización del deseo que aparece como satisfaciéndose en lo figurado (Cfr. Kauffman,

1996: 201-204). Asociación, desplazamiento y condensación, son procesos necesarios para la figurabilidad que se vale de rastros, de huellas que no guardan jerarquía entre sí, ni historia, pero que son representantes psíquicos cuyo trabajo imaginario conformará la imagen del sueño. Así, la metáfora será consumación del deseo, desde esta perspectiva no hay deseo insatisfecho.

Lytard sostiene que en la figura hay no sólo la posibilidad de la manifestación del deseo, sino una connivencia entre ambos, es decir la figura se confabula con el deseo, de manera que lo expresa pero a la vez lo deforma, comete una transgresión al hacerlo, de ahí que el deseo en esta operación del sueño resulte expresado en imágenes desordenadas y alucinantes, ilegibles e irreconocibles en una primera instancia por el sujeto (1979: 274).

Lo figural violenta el orden discursivo, afirma Lyotard, se hace campo en ese mundo, se asocia al deseo, desde el que se habilita la transgresión. Lo figural es la presencia de una forma en el interior del discurso. “Únicamente desde el interior del discurso cabe la posibilidad de pasar a y dentro de la figura [...] todo discurso tiene su interlocutor, el objeto de que habla, que está allí como su designado en un horizonte: vista que bordea el discurso” (Lyotard, 1979: 32).

Nosotros pensamos que el deseo encuentra así las formas de expresión, cabalga asociadamente en la palabra, en la elección de objetos, en la construcción de sentidos. De manera indirecta no es amenazante para los demás, que no toleran su presencia. “Lo absolutamente otro sería esa belleza o la diferencia” (Lyotard, 1979: 32).

De este modo, figurar es construir lo posible en el embate de convocatorias y encargos; en la encrucijada de las condiciones posibles en el mundo, donde el deseo hace permeable la experiencia propia en las cosas del mundo. El deseo figura donde hay espacios para existir, donde hay silencios que romper, donde hay tiempos que vivir y dan paso a la escritura de la propia historia. El deseo insiste no sólo en la búsqueda de una mirada pasada o anhelada, sino en las certezas del presente que se torna imperativo, en la ilusión sobre el futuro. Nuestra concepción de mundo se construye, no antecede a nuestros actos; ni espera para hacerse visible. Desde ese punto de vista no hay sentido previo a las palabras. Es el sujeto quien lo construye, lo hace aparecer, lo figura según su tiempo personal, su experiencia y su deseo. Vemos lo que podemos ver, escuchamos lo que nos es posible y somos siendo en el mundo. Construimos así los intersticios, los pliegues para ser en él, reclamar existencia o agujerar el tejido social utilizando sus propios criterios para hacernos posibles. De tal modo el sujeto es creación incesante sea en la alienación o en la autonomía, pues en la primera se esfuerza por creer lo que no es; en la segunda se esfuerza por creer lo que es siendo, haciendo lugar al deseo en las palabras, en las construcciones, en las formas de comprender el mundo.

Hemos anotado que las convocatorias mas allá de ser mandatos e imposiciones externas son ecos, voces que son escuchadas y encuentran resonancias en el sujeto quien dialoga, se siente interpelado, es apelado por lugares en los que abriga la ilusión de ser reconocido.

La identidad del sujeto se constituye para y en un contexto del que si bien puede no tener lucidez sobre el mismo, su experiencia lo hace escuchar el susurro de voces que lo han constituido poniendo en juego construcciones de deseo. Esto es, el sujeto se engancha, ocupa lugares, elige actividades, construye condiciones de tal modo que el deseo encuentra eco en el contexto, en forma de anhelo o aspiración. En una suerte de interpelación con esos ecos, el sujeto va figurando su lugar y desde ahí figura, con-forma su identidad.

Interpretar: crear el mundo

Es necesario insistir aquí que el deseo, concebido como la fuerza afectiva que permite a la psique autoengendrar representaciones, se juega igualmente en el mundo social, si bien éste le condiciona y lo habilita para construir, producir, ficcionar en él, para él y por él. Estas son tres formas de la creación: construir a partir de lo que ha sido dado por la sociedad a través de sus memorias e instituciones sus formas de lenguaje y sus formas prácticas de enfrentar el mundo, pero también producir y recrear el mundo en la reiteración, en la resonancia, en la disidencia, en la táctica fugitiva, en la apertura de fisuras donde aparece lo posible, donde se da pauta a la ficción.

Si ocupamos una parábola administrativa, diríamos que se trata de un espacio de construcción prospectiva; ya no sólo como una construcción sintética de todos los elementos que en un momento los sujetos se dan, contamos con ellos y a partir de los cuales establecemos soluciones de compromiso frente a situaciones conflictivas, sino que en la ficción se pone de relieve una doble creación.

Supongamos que una investigación tiene por objeto el análisis de las prácticas de poder, por una parte se las hace aparecer, se las está creando, y por otra, se les construye sentidos y certezas para poder comprenderlas dentro de una totalidad.

Producir convoca a los saberes existentes, ideológicos, prácticos, pedagógicos, los hace emerger en un movimiento indirecto, lo que se ha dicho socialmente, lo que construyen los otros y, paulatinamente, las construcciones propias, testimonio de su distancia. Ellas son síntesis que obligan a resolver, tomar posición ante un problema, un modo de enfrentar la demanda de pensar sobre la práctica y sus posibilidades hasta hacer emerger la ficción. Una construcción va apareciendo en las mismas acciones que implican las palabras, en la medida en que la pensamos, creamos ficciones sobre la práctica.

Lo imaginario tiene que ver con esa fuerza creadora que permite que entre la percepción de la realidad y la expresión de su experiencia con ella coagule una forma de interpretación. Así la actividad formativa no se limita a la transmisión que, por cierto, nunca es íntegra, porque ella queda atravesada por lo imaginario, por la fuerza de creación y la posibilidad de que lo creado pueda significar algo para otros. Desde esta perspectiva, hay un trabajo de construcción interpretativa constante que permite incluso inaugurar nuevos sentidos a las palabras, a los conceptos, aplicarlos por semejanza a otros campos en una continua difusión eficaz que llega a las actividades más lejanas de las aulas, haciendo isotopías continuas, inaugurando sentidos, autorizando modos de ser, forjando estilos, formas de pensar, etcétera.

Así, el deseo apuntala la formación de los sujetos, las formas en las que reclame un lugar en la realidad y las formas de interpretación /construcción de la misma. En el discurso se fragua su deseo pero también el poder que lo moldea. El poder condiciona las manifestaciones del deseo y este a su vez reclama reconocimiento o realización en un movimiento dinámico y económico en la realidad. El yo, así, tiene que vérselas con las exigencias pulsionales del ello, las censuras normalizadoras del superyó y las exigencias de la realidad que lo someten, por ello exige disfrazar el deseo con los elementos menos angustiantes, sustitutivos o más aceptados por la realidad.

Los sujetos construyen y reconstruyen su realidad en cada nueva experiencia discursiva; ella los obliga a simbolizar y a resignificar su historia. Crean su historia, le dan un sentido y una congruencia a sus recuerdos, inventan, entretejen lazos ante acontecimientos extraños o lejanos entre sí. De esta

manera los sujetos, en su interpretación de la realidad, entretejen hilos que dan continuidad a los hechos más aislados en su vida, fabrican redes imaginarias que van construyendo su realidad y que los van constituyendo a ellos mismos. Conocen o desconocen su realidad de acuerdo con las verdades que asumen. En resumen, se construyen a sí mismos y a su realidad mediante discursos e interpretaciones.

La palabra de los sujetos somete y crea, destruye formas de pensamiento y construye realidades a las cuales validar, en ello radica su importancia, pues las construcciones imaginarias que se derivan de esas interpretaciones pueden ser producto de sujetos con intereses o lugares precisos bien definidos, de subjetividades particulares, que tienen acceso fácil a los avances tecnológicos desde los cuales reclaman consenso, convienen legítimamente en su difusión masiva y son transmitidas sin historia, sin contexto, imponiendo la ilusión de que son discursos válidos y universales.

Ante una falta de sentido, lo que importa es la inmediatez, afirma Castoriadis, y por ello, pensamos en que toman efectividad en subjetividades acrílicas y dependientes, que en aras de subsistencia declinan la reflexión de su propia condición humana, es decir, desconocen su potencia creadora, apostando a un pensamiento homogéneo que les daría valía de pertenencia; éste, por una parte, ofrece un sentido posible a la aventura de los sujetos que se insertan en esos distintos contextos ajenos a su experiencia, pero por otra, sustituyen sus inquietudes, sus intereses, sus preocupaciones, sus deseos; entretejen redes mediadoras entre los deseos singulares y los ejercicios de poder; prometen espacios de reconocimiento y socialización, invitan a la alienación, a la identificación con imágenes que no pertenecen a la experiencia de los sujetos, y en donde pretenden mitigar su desvalimiento, obligándolos a moverse en el plano de la eficacia en el que se encontrarán atrapados siempre que no tengan tiempo para pensarse, para exponerse, para ser sujetos de su propio discurso, para moverse como actores en la cultura.

Algunos anticipan el destino de la historia que se construye y sus teorías han sido intentos por otorgar sentido a la suya o tal vez debiéramos acostumbrarnos a esa incertidumbre a la que convoca lo imaginario. Unas palabras escritas, unos saberes transmitidos, unas formas efectivas de ser o hacer que legitiman relaciones, o que generan nuevas; todas ellas están en una continua construcción, están ahí haciendo resonancia en nuestra vida, porque tocan nuestra historia están destinadas al malentendido, a las isotopías, a la construcción de fantasías, a la realización de deseos y obligan a la construcción de sentidos cuya diferencia nos hará siempre decir: “No fue eso lo que quise decir...”

La pregunta litigante de si es posible la transformación social, pierde sentido bajo esta perspectiva, pues ella es permanente en la acción humana, en la medida en que la palabra nunca asegura transmisión íntegra de la historia o de los saberes acumulados.

Por ejemplo: muchos educadores son testigos de ella sea por desvaríos, conclusiones absurdas, aplicaciones impetuosas de lo que se maneja en las aulas. Más de un docente se pregunta por qué resulta tan difícil la comprensión de los contenidos propuestos; suponen traumas en la historia de un niño cuyo desempeño académico, a su juicio, no es bueno y lejos de preguntarse por las condiciones que acompañan su formación (escuela, familia, amigos, políticas educativas, prácticas de crianza, religiosas o ideologías sobre sí, etcétera) lo sancionan con elegantes fórmulas de déficit de atención, enuresis, trastornos de la conducta, hiperquinesis, psicopatía. También es común que la responsabilidad sea eludida, se impute a la familia, al gobierno o se termine por reconocer fracaso individual imputando su responsabilidad al niño, ahí donde ha habido una multiplicidad de condiciones que ha hecho posible el lenguaje. Advertimos más de una vez lucidoras y floridas etiquetas emitidas por

docentes de distintos grados utilizarlas en su intento por ser doctos. La universidad no es la excepción se concibe frecuentemente al joven como indiferente, indolente, desinteresado y ególatra.⁴

Por su parte, investigadores obvian discusiones epistemológicas, privilegian teorizaciones y abstracciones disciplinarias y desdeñan el trabajo empírico. No obstante, los estudios empíricos resultan en la actualidad cada vez más urgentes si se quiere comprender y construir una realidad donde se tenga lugar, donde poder crear y recrear nuestro mundo. En este sentido, antes que buscar respuestas nomotéticas desde la investigación, ésta debe ser entendida como un proceso de formación, donde a su vez que comprendemos o interpretamos el mundo construimos modos de ser posibles.

Como anota Ramírez (2009), es necesario entender la formación en un entramado complejo de tiempos, espacios y potencia creadora pues diversas temporalidades coexisten en ella, a su vez que pertenece a diversos espacios que convocan a una función, a sostener un simulacro, un rol, unos modos de regulación, unos modos de ser y actuar. El sujeto los sintetiza en su propio tiempo subjetivo y este constituye una de las hebras con las que entreteje su práctica y en la que quedan imbricados lo general y lo particular; el tiempo histórico que privilegia el tiempo largo y medio con el tiempo corto, episódico o del acontecimiento reconocidos por Braudel (Wallerstein, 1998).

La formación es un juego de tiempos⁵ y espacios que posibilitan la creación sutil y la disidencia. Es un proceso íntimo, donde entran en juego una serie de vínculos, significaciones, teorías, realidades que al presentárenos de manera simultánea, nuestra potencia creadora les construye sentidos apropiados para nosotros, constituyendo nuestro tiempo subjetivo, conforma nuestras certezas y sólo el conflicto con un alter que las confronta nos puede permitir resignificarlas. La confrontación implica una distancia con lo que nos es propio y alienta a un nuevo trabajo interpretativo, un esfuerzo imaginario de creación y sentido.

En este tiempo subjetivo no hay cortes tajantes sino una múltiple temporalidad, una coexistencia de tiempos del mundo y una transmisión de nociones distintas sobre el contexto social. Un tiempo donde nuestras palabras, lenguajes y formas sociales se filtran en un modo de ser histórico que dejan huella y son convocadas a la multivocidad y a la polifonía. El tiempo de la experiencia que reconoce la alteridad y los espacios distintos.

Nuestro tiempo subjetivo o transformacional tiene que ver con el que para Braudel es responsable del cambio histórico al cual reconoce lento. Lo que para él es relato del cambio social para nosotros es acción del lenguaje. Tiempo y espacio participan en las construcciones de sentido de un sujeto: certezas, fantasías, ficciones, mitos, ilusiones.

La formación es un proceso en acción que convoca a construir sentidos y lograr una cierta identidad frente a los otros. Le es inherente un trabajo propiamente imaginario. No sólo de síntesis de lo dado, sino de creación de linderos y fronteras. Se marca imaginariamente una diferencia con

4 Tendencia identitaria-conjuntista que nos conmina a la diferenciación, la clasificación para designar identidad a partir de la diferencia.

5 La noción de tiempo no nos remite a periodos, lapsos o cronómetros sino a tiempos subjetivos, ritmos personales, singulares donde se engarzan nuestras prácticas y tienen un sentido para nosotros. La psicología social, había dado cuenta de cómo se constituyen los sujetos, de los procesos de socialización, los cognitivos y acaso se había percatado de los inconscientes, pero es necesario advertir no sólo cómo se constituye un sujeto, sino como desborda las significaciones imaginarias que más tarde sostendrá en su habla, cómo va deformando lo que se le presenta, es decir cuál es el trabajo imaginario por el que pasa, advertir la autonomía que cobran sus palabras para componer los sentidos coherentes para sí mismo, aunque éstos no concuerden con la realidad; pues éstos son los sentidos con los que habrá de enfrentarse al mundo hasta ser resignificados en experiencias vividas posteriores que lo orienten por otros derroteros.

el exterior y se crean los sentidos pertinentes para el sujeto, es un intento de individuación. A este proceso inconsciente le subyace una lógica propia, a pesar de los acontecimientos y de lo dado en el lenguaje,⁶ deriva en una posición singular que reclama reconocimiento y se constituye en acción para el mundo donde el sujeto la reclama como propia. Es esto lo que nos hace pensar a la imaginación como lógica del inconsciente.

Si bien el trabajo de sentido galopa en el lenguaje y en él ensaya la creación, la deformación, la invención, rompiendo los linderos, creando asideros, haciendo posible y vinculable lo que no lo es, busca refugios para entender la propia vida, pasando así de la reproducción social alienada a la creación radical donde pueda emerger un modo de ser posible.

Corolario

Concebimos a la formación como un movimiento complejo de apropiación, distancia y creación. Un juego al que le es intrínseco el lenguaje, las palabras y la creación de sentidos, donde se ponen en juego la experiencia, los saberes, las certezas, las prácticas sociales y las vivencias de un sujeto. Es un juego de tiempos: largos, coyunturales y episódicos; pasados y futuros que condicionan y posibilitan el presente.⁷ La formación implica no sólo procesos cognoscitivos, sino sobre todo psíquicos que posibilitan las condiciones para que un sujeto construya su mundo. Es necesario ahora apuntar que justo en ese juego de lenguaje existe, todo el tiempo, una dinámica creadora, que permite no sólo el reconocimiento del contexto, sino la construcción de la realidad, no sólo las construcciones de sentido singulares de un sujeto sino que hace emerger las condiciones de posibilidad para que exista, se perpetúe, se legitime o se transforme esa realidad: en la sutileza de las prácticas, en la disidencia de los actos, en la violencia (negligencia) de las palabras y los discursos. “El saber [...] es una cuestión que no sólo tiene que ver con el objeto que se esté considerando, sino también con lo que se quiera hacer con él (teórica o prácticamente)” (Castoriadis, 2007: 534).

Frecuentemente, los formadores alientan la alienación más que la creación, pues obvian las condiciones de las que parte un estudiante que se enfrenta al mundo que le proponen (el del otro), violentando su singularidad y coaccionando sus actos. Pasan por alto el destino de sus transmisiones, la suerte por la que transitan saberes a los que se pretende conocimientos innovadores o útiles.

La formación en las aulas, pensamos, pone de relieve la experiencia propia, las certezas, el prejuicio, las creencias en las que comúnmente se juegan afectos más que conciencia y reflexión, ese es el punto de partida para transitar al reconocimiento de la diversidad, la diferencia posible que permite comprensión sobre sí mismo. Creación social del lugar que se ocupa en la historia, elucidando a qué se está convocado, dilucidando los encargos que se han cumplido y quienes los han hecho, ser siendo en la acción social que obliga a un trabajo generoso, a una proximidad, a una correspondencia, donde el vínculo afectivo no queda extirpado en aras de la razón, sino incluido como pretexto

6 Es decir, de lo que hace aparecer el sujeto para sí.

7 Una cierta lejanía con lo que acontece (con el presente) y nos afecta, requiere de espacio frente a lo acontecido y frente al deseo que evoca el futuro.

para la creación de conocimiento. Se trata de arriesgarse, de ponerse en juego en un colectivo donde se pueden apreciar las sutilezas, los matices y las discontinuidades de una situación social, crear sentido en la confrontación, es tomar lugar y responsabilidad en lo que uno crea, produce o reproduce.

Referencias bibliográficas

- Castoriadis, C. (2005), "Para sí mismo y subjetividad", en Le Moigne Jean-Louis Serge Proulx, *En torno a Edgar Morin. Argumentos para un método* [Coloquio de Cerisy], México, Biblioteca Universidad Veracruzana, pp. 189-203.
- Castoriadis, C. (2007 [1975]), *La institución imaginaria de la sociedad*, Buenos Aires, Ensayos Tusquets editores.
- Castoriadis, C. (1989 [1975]), *La institución imaginaria de la sociedad 2*, Buenos Aires, Tusquets editores.
- Freud, S. (1976a [1930]), "El malestar en la cultura", en *Obras completas*, Vol. XXI, Buenos Aires, Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1976b [1915]), "Lo inconsciente", en *Obras completas*, Vol. XIV, Buenos Aires, Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1976c [1915]), "La represión", en *Obras completas*, Vol. XIV, Buenos Aires, Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1976d [1915]), "Pulsiones y destinos de pulsión", en *Obras completas*, Vol. XIV, Buenos Aires, Amorrortu Editores.
- Gadamer, H. G. (2001), *Verdad y método*, Salamanca, Ediciones Sígueme.
- Kaufman, P. [dir.] (1996), *Elementos para una enciclopedia del psicoanálisis. El aporte Freudiano*, Buenos Aires, Paidós.
- Liotard, J.F. (1979), *Discurso y Figura*, Barcelona, Gustavo Gil.
- Ramírez G., B. (2009), "La formación en un mundo de tiempos múltiples", en *Ide@sCONCYTEG*, núm. 45, año 4, 9 de marzo del 2009.
- Ramírez G., B. (2011), "Elección de carrera: convocatoria y tiempo personal", en L. Murga M. (coord.), *Lugar y proyecto de la orientación educativa. Reflexiones en la contemporaneidad*, México, UPN.
- Wallerstein, I. (1998), "El invento de las realidades del tiempo espacio: hacia una comprensión de nuestros sistemas históricos", en *Impensar las ciencias sociales*, México, Siglo XXI, CEICH.